

JAIME OLVEDA LEGASPI (COORD.), *LA EXPEDICIÓN
FALLIDA DE XAVIER MINA, ZAPOPAN, JALISCO:
EL COLEGIO DE JALISCO, 2019, 238 PP.*

Como ha señalado su biógrafo más reciente, Xavier Mina “y su lucha permanecen”, al menos desde el punto de vista historiográfico, pues el guerrillero navarro es uno de los personajes más atendidos por los estudiosos del tema, a la luz del bicentenario de su incursión en tierras novohispanas.¹ Sin embargo, la llegada de la División Auxiliar de la República Mexicana, en 1817, representa mucho más que solo una “fallida” expedición extranjera, muy a pesar de lo que anuncia el título de la obra que aquí se reseña.

La expedición de “El estudiante” Xavier Mina fue vista por la historiografía nacionalista como una proeza heroica sinigual dentro de los procesos independentistas hispanoamericanos. Sin embargo, estudios críticos recientes han aportado un entendimiento mucho más claro del significado, importancia y consecuencias que tuvo el arribo a Nueva España de la división conformada por británicos, españoles, franceses y norteamericanos. Obras como la de José María Miquel I Vergés, *Mina, el español frente a España* (1945); Martín Luis Guzmán, *Javier Mina, héroe de España y de México* (1955), y más recientemente, Manuel Ortuño Martínez, *Xavier Mina. Guerrillero, liberal, insurgente* (2000); María de las Nieves Pinillos, *Xavier Mina, guerrillero e insurgente* (2010), y Gustavo Pérez Rodríguez, *Xavier Mina, el insurgente español. Guerrillero por la libertad de España y México* (2018), han permitido acercarse a un mayor conocimiento de lo que implicó este episodio.

La obra que aquí se reseña busca explicar cómo fue que se desarrolló un viaje “rodeado desde un principio de muchas dificultades, que anunciaron resultados desastrosos” (p. 10), y que, si bien terminó por ser una expedición “fallida”, no estuvo condenada al fracaso desde un inicio, sino que, por el contrario, ayudó a revalidar las esperanzas de la rebelión novohispana, poniendo en alerta a las autoridades virreinales que vieron en esta división la amenaza que podía terminar con el dominio peninsular.

El capítulo inicial, a cargo de Ángel Rafael Almarza, estudia a “Xavier Mina en la historiografía venezolana y colombiana”, fijándose, particularmente, en el análisis de lo dicho acerca de la revolución novohispana por tres de sus contemporáneos: Manuel Palacio Fajardo, José Manuel Restrepo y Simón Bolívar. Quizás ello podría parecer una contradicción, pero lo que se muestra en el ensayo es que la figura del navarro fue poco o nada referida

¹ Gustavo Pérez Rodríguez, *Xavier Mina, el insurgente español. Guerrillero por la libertad de España y México*, México: Instituto de Investigaciones Históricas-UNAM, 2018, 389 pp.

en los panfletos y escritos políticos de colombianos y venezolanos en esta época, salvo el caso de Bolívar, quizás por su encuentro en Haití en 1816.

Las contadas menciones que del español se hacen en las obras citadas pueden tomarse por muestra de las tres posibles reacciones que se dieron en su tiempo. Fajardo, que escribió su obra apenas estaba ocurriendo el desembarco en Soto la Marina, representa la primera: vio la incursión como una situación natural de auxilio de parte de las potencias hacia las revoluciones hispanoamericanas. Restrepo, por otra parte, interpretó la reunión que los líderes rebeldes tuvieron en Puerto Príncipe como un encuentro que quitó a Bolívar “algunos partidarios y retardó su salida” (p. 26), poniendo en peligro su expedición a Tierra Firme, la que llevaría a la futura conformación del Congreso de Angostura. En medio de esas interpretaciones queda el propio Bolívar, y he aquí una revelación que Almarza señala con respecto a su opinión sobre la posibilidad de acompañar a Mina a tierras novohispanas: no lo consideraba una locura, sino que significó una opción bastante viable debido al contexto en el que se encontraba el caraqueño.

En el segundo capítulo, Héctor Cuauhtémoc Hernández plantea la importancia que tuvo “Londres como centro conspirativo” hispanoamericano, desde la llegada de Juan Pablo Viscardo, en 1782, hasta la salida de la expedición de Mina, en 1816, sobre el que siempre habla en tono grandilocuente y heroico. Este texto nos ayuda a dimensionar la gran presencia de personajes que van a figurar como precursores de las independencias iberoamericanas, y da testimonio de los tibios apoyos que el gobierno inglés les dio a personajes como Francisco Miranda, Simón Bolívar, a los miembros de la orden de Caballeros Racionales (como fueron Servando Teresa de Mier y Andrés Bello), así como el papel de José María Blanco White, que repudió las rebeliones separatistas de las posesiones de Ultramar.

Si bien la redacción es a veces confusa, el texto nos permite conocer la relevancia que iban a tener las ideas de los mencionados personajes, sobre todo a partir de la publicación de panfletos y cartas rupturistas que fueron tomadas como bandera libertaria a partir de 1808. Es de mencionar que el autor llega a sostener interpretaciones cuestionables, como que las *Cartas de un Americano* de Mier fueron escritas

por los caballeros racionales, así como el hecho de usar fuentes vagas, tales como Wikipedia. Además, cuando es el turno de hablar sobre Mina, el texto parte de puntos muy generales, datos clásicos de la historiografía, sin relación directa con el tema del capítulo, quedando su paso por Londres sólo como una especie de epílogo.

El capítulo tercero, a cargo de Juan Ramón de Andrés, nos relata “las motivaciones políticas” con que Mina viajó a América, principalmente sus pretensiones de que con la independencia de los reinos americanos se debilitaría a la propia cabeza de la monarquía, acabando así con el despotismo fernandista. Se habla también de las dificultades que tuvo que enfrentar Mina en Galveston una vez que se acercó al filibustero Luis de Aury, con quien tuvo una ríspida relación, así como de las contradictorias noticias acerca de la ruta que seguiría la expedición, por mar o por tierra, por Béjar o por Boquilla de Piedras.

Si bien este apartado tiene una seria deficiencia respecto a la historiografía especializada en el periodo, la cual es nulamente referida, emplea repetidas referencias documentales extraídas de archivos como el General de la Nación de México, el de Indias en Sevilla y el Histórico Nacional de Madrid. Además, hace anotaciones interesantes acerca de las diversas posibilidades defensivas que desplegó el virrey Apodaca una vez que supo de su posible desembarco, enviando apoyo tanto de Veracruz como de las Provincias Internas de Occidente, todo con el objetivo de “inspirar confianza” en la población sobre la victoria virreinal (p. 86).

El capítulo a cargo de Iliria Flores, sobre fortificaciones y guerrillas insurgentes, nos muestra una cara poco conocida de la guerra, esto es, la vida en las trincheras, fundamentalmente los casos de los fuertes de El Sombrero, Los Remedios y Xauxilla, los que sirvieron a los insurgentes como refugio. Fue en la zona del Bajío donde estas fortificaciones encontraron cierto equilibrio, gracias principalmente al apoyo que los pobladores y las familias les brindaron a los grupos rebeldes. Sin embargo, la llegada en 1817 del navarro Xavier Mina volcó sobre ellas a todas las fuerzas virreinales para procurar su eliminación, provocando, según el planteamiento de la autora, la caída de todas ellas.

En esta parte se abordan aspectos relevantes que poco se conocen de la rebelión luego de la muerte del caudillo del sur, José María Morelos, y nos permite conocer aspectos de la cotidianidad de los personajes “invisibles” que poco espacio han tenido en los estudios al respecto. Mujeres, niños y familias enteras que hicieron de la guerra su forma de vida y que padecieron de una manera diferente pero no menos agresiva los enfrentamientos a lo largo de los años del conflicto.²

El capítulo a cargo del coordinador de la obra, Jaime Olveda, que lleva por nombre “Xavier Mina y los guerrilleros de la sierra de Comanja”, da cuenta de las circunstancias en las que se encontraba la insurgencia del Bajío cuando desembarcó el navarro, así como un panorama general de los dirigentes en lucha y los puntos fortificados. Personajes como José Antonio Torres, Pedro Moreno y Encarnación Ortiz, “el Pachón”, lideraban la resistencia en los enclaves de Comanja, San Gregorio, Xauxilla y Cóporo, los que luego de la llegada de la expedición fueron cayendo a manos de los comandantes virreinales.

En este apartado se plantean interesantes cuestionamientos al respecto de los intereses e intenciones en torno a Mina. La primera es acerca de los prestamistas ingleses y norteamericanos que le aportaron recursos, ¿qué les prometió a cambio? Y la segunda, desprendida de lo anterior, ¿hasta qué punto ello condicionó o se sobrepuso a los intereses de la propia expedición? El autor deja en vilo estos temas, ya que no dedica mayor atención a desarrollarlos, sin embargo podemos tomar como posible respuesta lo que Gustavo Pérez aporta en su mencionada obra biográfica, cuando afirma que el navarro prometió que el gobierno de la república mexicana pagaría los préstamos contraídos por él, lo que el gobierno provisional de Xauxilla aprobó, así como la promesa de que al lograrse la independencia la república abriría el mercado para el libre comercio.³ Con lo anterior se confirma el espíritu libe-

ral de Mina, quien lejos de tener “intereses ocultos” como sugiere Olveda perseguía un ideal anti despótico.

El último de los apartados, a cargo de Martín Escobedo, da cuenta de la contraparte, casi siempre ignorada, de las autoridades virreinales. Se trata de “un esfuerzo por incluir en la trama política de la centuria decimonónica a un sujeto histórico” (p. 130), en este caso, el virrey Juan Ruiz de Apodaca, encargado de las órdenes ejecutivas para preparar la defensa del reino frente a la expedición de Mina. Es este uno de los pocos trabajos que se centra en la estrategia contrainsurgente, sobre todo tratándose de los años de 1816-1820, que describe profusamente lo relacionado con las zonas que se lograron pacificar, sin prestar demasiado interés a los espacios de conflicto y a los cabecillas en resistencia, Vicente Guerrero y Pedro Ascencio. Resalta también la mención de las facetas de notable cartógrafo y elemento de la armada real de Apodaca.

El capítulo adolece de dos cuestiones. La primera es que resulta de una extensión muy larga y se torna repetitivo en varios temas, que retraen la narrativa hacia los años previos al tema tratado, como, por ejemplo, el constante análisis de la provincia de Veracruz, por encima de lo sucedido en el norte y el Bajío. La segunda es que si bien presenta información bien documentada de la trayectoria político-militar del joven Ruiz de Apodaca, en la parte correspondiente a su gobierno tanto cubano como novohispano difícilmente se encuentran innovaciones documentales y archivísticas que varíen sobre lo dicho con antelación.⁴

Como bien señala el coordinador de la obra, Jaime Olveda, al momento de la expedición de Mina la insurgencia se encontraba refugiada en diversos fuertes a lo largo del territorio novohispano, particularmente en el Bajío, por lo que la obra se acompaña

² El planteamiento se desprende de la obra que la autora publicó anteriormente. Iliria Olimpia Flores Carreño, *Vida cotidiana y violencia durante la guerra de independencia. Guanajuato y Michoacán, 1810-1830*, México: Forum Cultural Guanajuato, 2018.

³ Véase Pérez Rodríguez, *Xavier Mina*, particularmente los apartados “Interés británico y apoyo de particulares”, “Intereses estadounidenses en la Nueva España” y “En busca de apoyo: Fi-

ladelfia, Baltimore, Washington, Nueva York”, pp. 80-88, 94-97 y 105-110. Olveda llama a “no seguir repitiendo la tesis de que se trató de una expedición con fines esencialmente patrióticos” (p. 113).

⁴ Incluso llega a cometer un error de apreciación, ya que señala en un momento determinado que las Provincias Internas de Oriente “habían estado en relativa calma de 1810 a 1816”, lo cual se podría contradecir con un análisis superficial de los primeros años de la lucha, sobre todo con respecto a la insurgencia texana que declaró su independencia en 1812.

de un apéndice documental que da cuenta de los pormenores que siguieron a las rendiciones de los fuertes del Sombrero, Cópore, San Gregorio o Los Remedios, Xauxilla y finalmente un extracto del relato de William Davis Robinson, acompañante de la expedición, en el que se relata “el drama” de la toma de El Sombrero. Y si bien el propio Olveda apunta que la caída de estos puntos “marcó el final de la era de los fuertes y de la guerra de guerrillas” (p. 127) se debe aclarar que ello sería válido apenas para el caso del Bajío, pero no es posible hacerlo extensivo al resto de los puntos en resistencia en la región del Golfo y en las serranías del Sur.

De la lectura integral de esta obra se pueden extraer dos consecuencias fundamentales que dejó la experiencia del navarro Xavier Mina. La primera es que el arribo de la División Auxiliar alteró determinante el orden de mando existente entre los gobiernos insurgentes sobrevivientes, particularmente, el Gobierno Provisional de Xauxilla, que nombró comandante general a “El estudiante”, creando con ello enemistad y rencores de parte del padre José Antonio Torres y otros cabecillas hacia las fuerzas expedicionarias. La falta de unidad generada por ello así como el nulo apoyo insurgente fue la mayor desventaja contra la que la expedición tuvo que luchar, lo que según Escobedo se aunó a la eficaz estrategia contrainsurgente que llevó a cabo el gobierno de Apodaca, que pudo “plantear una estrategia seria y consistente que le rindió resultados positivos” (p. 165).⁵

La segunda es que toda vez que su intención era la de auxiliar a las fuerzas rebeldes novohispanas para dar un duro golpe al absolutismo de Fernando VII, lo cierto es que su llegada vino en detrimento de la situación de estabilidad que existía en la zona del Bajío, donde las fuerzas insurgentes que estaban en resistencia habían logrado establecer una cierta calma, fundamentalmente en Los Remedios y El Sombrero, todo lo que se vio trastocado, o destruido, una vez que la división extranjera avanzó hacia Guanajuato, con lo que todos los medios al alcance del virrey Apodaca se posaron sobre la región,

y no descansarían hasta rendirla, como afirman Olveda y Escobedo.

Esta obra tiene un sentido marcadamente internacionalista, pues no podría entenderse la expedición de Mina solo partiendo de la dimensión nacional mexicana. Muchos escenarios son estudiados: su prisión en Francia, el viaje a Londres, su camino hacia la Nueva España, previa escala en la costa este de Estados Unidos y otra más en Haití, bastión caribeño de la rebelión patriota. De todo eso dan cuenta los capítulos que conforman este tomo, logrando situar lo hecho por Mina dentro del proceso de las revoluciones atlánticas.

Sin esta dimensión, podría pensarse que “sus repercusiones inmediatas sobre el desarrollo de Independencia de México no fueron significantes”, como relata la historiografía clásica, debido sobre todo a lo “tardío de la empresa” y la carencia de recursos materiales y humanos, además de la “oportuna reacción de las autoridades virreinales” (p. 28). Pero estas páginas llaman la atención lo contrario, ya que se deja en claro que el arribo de la División Auxiliar a Nuevo Santander en abril de 1817 sirvió también como elemento propagandístico e ideológico que reencendió en muchos sentidos la llama de la insurgencia (si bien por un periodo breve y efímero), y mostró que muchos podían simpatizar, sumarse e interesarse en financiar las intenciones independentistas del grupo libertario liderado por el estudiante navarro.

Joaquín E. Espinosa Aguirre

Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo

ORCID: 0000-0003-4090-4752

alpha-56@hotmail.com

⁵ El autor también señala que fue Apodaca el que, obrando de acuerdo con las circunstancias más que a las órdenes de la metrópoli, se convirtió en “principal artífice de la caída de Mina”.